

El Sujeto y el Dominio Corporal en la Hipermodernidad

The Subject and the Corporal Domain in Hypermodernity

Hada Soria Escalante & Mario Orozco Guzmán*

Resumen. Lipovetsky (2004) denomina a la época actual como “hipermodernidad”, consecución de lo posmoderno y época privilegiada para la experimentación sobre el cuerpo, la “era del vacío”. Las características de dicho momento se agrupan como una versión social del inconsciente descrito por Freud (1914): atemporal, sin negativo, con sus propias reglas (que no son las de la consciencia), móvil. El cuerpo se coloca como única posesión segura, como único bien a mal-tratar. Los jóvenes hipermodernos experimentan sobre su cuerpo ejerciendo prácticas de poder sobre esa única posesión. Lo imaginario hará igualdad, lo subjetivo hará diferencia. Se justifica el estudio a partir de las observaciones clínicas recurrentes que involucran a un cuerpo violentado como ejercicio de poder, situación actual y ubicua en el mundo occidental.

Palabras claves. Cuerpo, hipermodernidad, dominio, inconsciente, violencia, adolescencia.

Abstract. Lipovetsky (2004) names “hypermodernity” to an era that represents a consecution of postmodernity. It is also a privileged epoch for experimenting over bodies, the “era of emptiness”. Some of the characteristics of this moment are gathered together as a social version of the unconscious described by Freud (1914): non temporal, without negation, existing with its own rules (which are not known by the conscious), mobile. The body is shown as the only possession considered secure, as a good property for mistreating. Hypermodern young people experiment over their bodies exercising practices of power over that secure possession. The imaginary register makes equality, the subjective register will make differences. It is a study justified over clinical notes that involve violated bodies as a way of exercising power, which represents a common situation around occidental world.

Keywords. Body, hypermodernity, domain, unconscious, violence, adolescence.

Introducción

El tema de la hipermodernidad anclado al cuerpo y particularmente a un tipo de violencia sobre el cuerpo propio, ha sido investigado desde varios enfoques en la actualidad. El psicoanálisis es uno de ellos y desde el cual enfocamos la presente reflexión. Esto haciendo uso de tres viñetas clínicas, tres discursos que dan cuenta del ejercicio de dominio de los sujetos sobre sus vidas, reflejado sobre sus cuerpos, o más bien, marcado sobre ellos y desde ellos. El eje central es ubicar el lugar del cuerpo en una época que privilegia la experimentación, al punto de rozar-se con la muerte.

Los sujetos que realizan ejercicios violentos sobre sus propios cuerpos son, en estos casos, todos adolescentes, lo cual nos lleva a reflexionar sobre el enlace entre una época social –la hipermodernidad- que comparte características en común con otra época subjetiva–la adolescencia- desde el psicoanálisis, haciendo de esta unión un espacio privilegiado para el decir del sujeto desde y sobre su cuerpo. Imposible abordar una época sin referirse a la otra pues ambas discurren desde los discursos haciéndose huellas. El sujeto mismo es marcado por su discurso, anclado en lo corporal, poniendo al cuerpo en primer plano, como superficie narrativa de lo que hace historia, de lo que marca diferencia subjetiva y permite salir de la igualdad de lo imaginario.

Método

“El progreso de Freud, su descubrimiento, está en su manera de estudiar un caso en su singularidad. ¿Qué quiere decir estudiarlo en su singularidad? Quiere decir que esencialmente, para él, el interés, la esencia, el fundamento, la dimensión propia del análisis, es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles” (Lacan, 1954/2009, p. 26).

Es a partir de la singularidad del caso expresada por el discurso del sujeto, que se intenta llevar a cabo una reflexión teórica acerca del lugar del cuerpo en la actualidad, como eje de dominación del sujeto sobre sí mismo. Se hace uso del discurso de tres sujetos que realizan ejercicios de violencia sobre sus cuerpos como poderío, como anclaje de una cosa sobre otra. El hablar de sus marcas otorga una dimensión subjetiva de la cual asirse para intentar develar algo de lo que sus cuerpos hablan sin palabra. Estos discursos permiten asimismo dar cuenta de un proceso social y subjetivo contemporáneo, actual, que enlaza al cuerpo con el sujeto, en tanto ejercicio de poder y dominio de sí. La palabra del sujeto hace enlace de su historia con la historia que relata su cuerpo para intentar subjetivar lo hasta entonces no subjetivado.

I. Marcando el cuerpo: hipermodernidad y adolescencia

La hipermodernidad se presenta como sucesora de la modernidad, y prolongación de lo posmoderno. Renegando de su pasado como el adolescente reniega de sus padres, la hipermodernidad vive en el presente, es nuestro presente. Cargada de tensión por momentos y vacía en otros, la hipermodernidad explora la posibilidad de unión de opuestos y la realidad de coexistencia contradictoria entre lo que se creía imposible: la nada y el todo, maldad-bondad, mujer-hombre... la unión de lo imposible es posible del mismo modo en que Freud concibió la dualidad amor-odio como las caras de un mismo proceso en 1915.

La hipermodernidad sostiene una suerte de semejanza con el inconsciente. Con reglas propias insospechadas por la consciencia, la contradicción se desvanece, la temporalidad desaparece y así, todo se presenta como posible. Lo único imposible es la negación. Ante toda esa posibilidad, también lo son sus formas tempestivas de mostrarse, en todos aquellos pequeños y grandes lugares en los cuales la consciencia se deja sorprender. “Resumamos: ausencia de contradicción, proceso primario (movilidad de las investiduras), carácter atemporal y sustitución de la realidad exterior por la psíquica, he ahí los rasgos cuya presencia estamos autorizados a esperar en procesos pertenecientes al sistema Icc”. (Freud, 1915/2006). La hipermodernidad juega también con sus propias reglas, en ella se mezcla todo formando una sociedad ecléctica y camaleónica dispuesta a todo. La temporalidad deja de existir, puesto que el hipermoderno es eterno y eternamente joven. Es eternamente adolescente. En palabras de Lipovetsky, “en la hipermodernidad todo es como si viera la luz una nueva prioridad: la de ser perpetuamente joven” (2006, p. 84). La sentencia “no puedes ser o hacer esto” es rota por el hipermoderno.

Ser todo y hacer todo es deseable y demandado. Ser todo: Ser hombre y mujer a la vez, ser “verde” pero apasionado de la tecnología, estar más unido a la naturaleza que nunca, y llegar a la décima cirugía estética, tener cincuenta años y verse de veinte, ser hombre y

mujer a la vez... Vivimos apurados, intentando llegar al todo y a nada, seguros de querer todo pero sin saber qué es ese todo. Hacerlo todo debe además, ser cumplido en el presente (de nuevo, no hay temporalidad, sólo está el presente). El sujeto vive (y muere) en el presente, no hay pasado, nada de él queda más que sus huellas arraigadas en el inconsciente. Del futuro nada se espera, no hay futuro. “El futuro está aquí”, se escucha decir. Y no puede haberlo para una sociedad que privilegia el presente, la juventud y la acción ilimitada. Donde lo único seguro es la inseguridad. Una sociedad cargada de miedo, desesperanzada y desilusionada. También desidealizada. Se espera la nada de ella. Es lo que Lipovetksy acuñó como “la era del vacío”. Lo antes idealizado deja de serlo, y abruptamente lo que se idealiza es la nada. Nueva contradicción: el sujeto hipermoderno quiere serlo todo y hacerlo todo, y a la vez idealiza su vacío. “Estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis” (Lipovetsky, 2002, p.10).

La hipermodernidad se reedita en la adolescencia. Pareciera incluso redundante hablar de un adolescente hipermoderno. La actualidad se caracteriza por: una sobreestimación del presente, la unión de los opuestos que es privilegiada por el sujeto, la falta (o pretendida falta) de ideales que trae por consecuencia el alzarse del sujeto como su propio ideal, la urgencia por experimentarlo todo, el goce, la supremacía del mundo tecnificado que intentando volver al mundo más seguro, lo torna más inseguro, y colocar al cuerpo al frente de todo. El sujeto se erige como individuo. Dentro de la época del vacío, el individualismo cobra valor. Adherirse a un grupo, por otra parte, es característico de la actualidad. Formando pequeños grupos se evita la idealización de una gran figura, para dar paso a la individualidad idealizada y la multiplicación de “dioses” individuales.

Lo mismo hace el adolescente. Pasando por una transición que bien podemos calificar de conflictiva, tiene la obligación de reasumir su cuerpo. La llamada “crisis de la adolescencia”, de acuerdo con Octave Mannoni (1986), responde a un doble sentido. Por un lado la palabra “crisis” apunta a un momento decisivo, cuando algo está por decidirse. El otro sentido es para designar un momento de neurosis en donde se estalla en violencia, ira, etc. Ser adolescente significa “entrar al mundo de los adultos” (Aberastury, 2009, p. 14), constituyendo así el período durante el cual se abandona la condición de niño por la fuerza, pues los cambios físicos lo imponen así. Su cuerpo está cambiando, y con él la condición psíquica debe igualmente ser cambiada. Por otro lado, asumir “el nuevo cuerpo” va acompañado de otros factores que constituyen el periodo adolescente. Entre ellos la necesidad de actuar y ser el sujeto de su vida, la caída de sus ídolos paternos, la necesidad de unión a grupos, y la experimentación con su propio cuerpo. Tal y como lo pretende la hipermodernidad misma.

Aquí es donde entra en una conflictiva mayor el adolescente, puesto que comparte con su época las mismas características. Debe dejar de ser niño para ser adulto, y sin embargo la sociedad se lo impide porque ella en sí misma es la época de la eterna adolescencia. Es como si el adolescente se reconociera en la época que vive, la cual tiene características que en cierto modo dificultan al adolescente el salir de su estado infantil, y por el contrario, lo sumerge aún más. Dolto (1997) denomina “adolescentes retrasados” a aquellos que constituyen un fenómeno actual difícil de ignorar, donde los estudiantes postergados viven con sus padres mucho más allá de la mayoría de edad, y siguen dependiendo de ellos. La

época de la adolescencia eterna, es esta. La sociedad y los padres le complican la entrada al mundo del adulto. “Los adultos están ahí para ayudar a un joven a entrar en las responsabilidades y a no ser lo que se llama un adolescente retrasado” (p. 17).

Desde que el sujeto se constituye, nombrado y en falta, su cuerpo ha quedado marcado. Las conflictivas y sucesos que van formando y alimentando su inconsciente se hacen huellas imborrables que irán, a su vez, reimprimiéndose en momentos determinantes, y permitiendo que en su estatuto privilegiado de fundadoras del psiquismo, den paso a nuevas huellas. El cuerpo las recibe muy a pesar de su debilidad carnal. Tanto la hipermodernidad como el adolescente utilizan su cuerpo como campo de batalla de estas conflictivas inconscientes, así como lugar de nuevas marcas, de transformación y de acción. Es el cuerpo el único bien que se posibilita a ser maltratado. En una época en que no se tiene nada, el cuerpo aparece como la única posesión segura para el sujeto, “es nuestro bien más personal pero no tenemos relaciones simples con él” (Hofstein, 2006., p. 15).

Se juega con los límites del cuerpo, más aún, se desconoce la existencia de límites para el cuerpo. Se le lleva al punto de rozar con la muerte en un ejercicio de poder que sobre él se ostenta. Al ser la posesión del sujeto hipermoderno, experimentará con él, hará agujeros, cortes, y extensiones del mismo. “Se arroga el derecho de experimentar en su propia vida sin límite alguno. En realidad, vivimos como si quisiéramos convencernos a nosotros mismos de que el mundo es todo eso con lo que podemos experimentar hasta su desintegración” (Sloterdijk, 2003, pp. 34-5). “El cuerpo está destinado a obedecer idealmente” (Lacan, 1969/2008). Sus límites dejan de estar marcados, puesto que el límite de la época y el límite del adolescente tampoco están definidos. Será entonces el cuerpo violentado aquel que de testimonio del sujeto en la hipermodernidad, de su forma de vida, de subjetivación y ligadura con su bagaje inconsciente. El adolescente, por tanto, marcará su cuerpo. Violentará a éste en un intento de búsqueda de esos límites que no ha encontrado en otra parte, se alzarán como amo e ideal de sí mismo. Y dentro de esta unión entre cuerpo, inconsciente, y las contradicciones y vicisitudes de lo hipermoderno y la adolescencia, damos cuenta de tres adolescentes que violentan sus cuerpos.

II. Ejercicios de maltrato corporal. Tres fragmentos de discursos de y sobre cuerpos violentados

Litzy, Erick y Lacri dan testimonio de sus vidas. Sus cuerpos cortados, quemados y extenuados muestran las marcas de sucesos que los han violentado como sujetos. Sus historias formadas de huellas del inconsciente, en el cuerpo se hacen visibles, mientras que su palabra corre y encuentra puntos de anclaje que dan cuenta de la inseparable unión del inconsciente, el cuerpo y la actualidad de sus vidas. El cuerpo maltratado será superficie narrativa, colocándose también como superficie de deseo y sufrimiento.

Litzy, de 17 años, corta partes de su cuerpo que ya no le pertenecían a ella. Intenta con cada corte reapropiarse de aquello que le ha sido arrebatado. Sus piernas han dejado de ser suyas. “Lo de cortarme las piernas fue el año pasado. No sé, me estaba bañando y las vi, las de mi tío”. Las piernas le pertenecen a otro. Desprender de sí las piernas ocupa un doble ejercicio. Por una parte, los cortes hacen marca permanente del suceso traumático. Éste nunca será olvidado. Por otra parte corta sus piernas para volverlas a “sentir suyas”. El

dolor de la apertura de la carne le hace sentir las piernas en un intento por reafirmar que ahí están, que aún son parte de ella. Numerosos momentos en su discurso hacen referencia a los tocamientos de la infancia relacionados con el tema de la muerte. "...Cuando te toca, te toca", dice Litzy al hablar de su falta de temor ante la inminente llegada de la muerte. Efectivamente, cuando su pariente la tocaba, ella no podía hacer nada para evitarlo, estaba imposibilitada e indefensa por sus padres que no hacían nada por defenderla y proporcionarle seguridad. Este evento marcado en su psiquismo es marcado también en su cuerpo, y a su vez, es ligado a la actitud del adolescente en la actualidad que le teme poco a la muerte y que espera su llegada mientras juega con el dominio de su propio cuerpo.

Erick, de 21 años, corta partes de su cuerpo. Adjudica los cortes a una supuesta depresión prolongada. Sin embargo, su discurso denota una marcada serie de contradicciones y ambivalencia con respecto a sí mismo y a su cuerpo. Se odia a sí mismo y también se quiere, es muy bueno pero a la vez es muy malo, su cuerpo es muy débil pero también es excesivamente fuerte. Expresa: "Me veo flaco y debilucho. Me incomoda mi físico...", y minutos después concluye: "Siempre me he gustado, me he querido". Su cuerpo es al que se le adjudican los cambios, desde ser débil hasta ser fuerte. Se ha cortado cada vez que ha deseado morir y que se percibe como débil, mientras que en sus momentos de fortaleza, en los cuales ha abandonado las prácticas de corte, ha tenido "lesiones y accidentes". Su cuerpo deja de tener límites: "Siento la energía de las personas, no sé si es locura. A veces hasta viéndolas de lejos lo primero es la energía que siento, si me da confianza o no para ver si me entrego a una relación o no". Ostenta dominio sobre sí y sobre los otros a partir de las supuestas capacidades ilimitadas de su cuerpo, pues éste "siente" la energía de los demás. Nada más emblemático de la hipermodernidad que marcar al cuerpo en un intento de dominio de sí mismo y de los otros, así como concebir como realidad la posibilidad adolescente de unión de los opuestos.

Lacri, de 26 años de edad, bien podría pertenecer al grupo del adolescente retrasado calificado así por Dolto. A pesar de sobrepasar la mayoría de edad y ser ella misma madre, sigue siendo sostenida en más de un sentido por su propia madre, con la cual aún vive. Lacri quema su cuerpo en una serie de pasos: quemar la parte del cuerpo elegida por ella con un cigarro, al formarse una ampolla, reventarla y aplicar limón sobre la nueva herida, esperar a que cicatrice y una vez formada la placa de sangre seca, arrancarla para dejar una cicatriz permanente. De esta práctica ritual destacamos tres elementos básicos: la elección de la parte del cuerpo a ser quemada, el sentir ardor, y el requisito de dejar cicatriz en la piel. También corta su cuerpo. Dos eventos se ligan al quemar y cortar. Los cortes "feos" son una reedición de un suceso infantil que corresponde a un accidente que sufriera su hermana y que la deformara. Por otra parte, las "quemadas" aparecen como representantes de las quemaduras que ella le hacía a los pantalones de su padre de niña, quien, al no saber planchar recibía golpizas de él. Asimismo, las hace sintiéndose "quemada", pues de acuerdo a ella mantiene una reputación de infidelidad a los que han sido sus novios, y en la actualidad, las infidelidades hacia su esposo. Las quemaduras que hace a su cuerpo representan el deseo insatisfecho que es su vida, así como intentos de control sobre la misma. Su vida no es lo que ella quisiera, no la ha podido controlar. "Si tuviera esa oportunidad me veo en mi casa sola, con poco apoyo de mi familia pero estaría contenta. Me urge estar sola". Pero su cuerpo sí puede ser controlado por ella.

Una postura narcisista se deja mostrar en su discurso: “Me siento confiada y segura de todo lo que hago, siempre hago las cosas bien”, me he vuelto bien egocentrista. Desde haber bajado de peso, fue un reto que logré en estos años. Yo soy chida, soy ley”. Quema las partes de su cuerpo que considera bellas, las mismas que han sido marcadas de otra forma (por el ejercicio físico extenuante que realiza), para embellecerlas aún más. “...ledit exercice laisse l’habitude du corps et la respiration et autres actions plus fortes, dures et robustes...” (Gélis, 2005). Acentúa esta postura de poderío que el ejercicio y los maltratos le otorgan, mientras que por otra parte denota el sufrimiento que su vida representa para ella. Dominio del cuerpo y dominio de la vida. “Son marcas que me demuestro que soy fuerte, que me gusta el dolor y que soporto el dolor”. Elementos de la hipermodernidad que no se hacen esperar.

Resultados y discusión

Los fragmentos de discursos hipermodernos de estos adolescentes dan cuenta de una época, de la sociedad en una época cargada de contradicciones, individualismo y experimentación con el cuerpo. Ese cuerpo, colocado como único bien, es el receptor de las huellas del pasado que vuelven a hacer marcas en el presente, y que denotan las vidas de sujetos que buscan hacerse dueños de ellas, haciendo historia y denotando las propiedades de una época desconcertante.

El cuerpo hipermoderno, cuerpo adolescente, cuerpo eternamente joven es colocado como superficie de dominio y poder sobre la vida del sujeto cuyo psiquismo se encuentra inmerso en un momento de soledad, de vacío, de búsqueda de placeres. El deseo se encontrará enlazado al cuerpo. Dominar un evento pasado para reapropiarse del cuerpo propio, así como dominar al cuerpo para dominar una vida donde el deseo se encuentra perdido, son ejercicios fundamentales para el sujeto donde el cuerpo es violentado y marcado por sí mismo.

Referencias

- Aberastury, A. 2009. El adolescente y la libertad. “La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico”. Paidós Ecuador, Barcelona.
- Dolto, F. 2004. La causa de los adolescentes. Paidós, Barcelona.
- Freud, S. 1915/2006. Lo inconciente en Obras Completas T. XIV., Amorrortu, Argentina.
- Freud, S. 1915/2006. Pulsiones y destinos de pulsión en Obras Completas, T. XIV. Amorrortu, Argentina.
- Gélis, J. 2005. Le Corps, L’Église et Le Sacré, en Histoire du Corps, 1. Seuil, Paris.
- Hofstein, F. 2006. El amor del cuerpo. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lacan, J. 1969/2008. Seminario 16. De un Otro al otro. Paidós, México.
- Lipovetsky, G. 2002. La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, G. 2006. Los tiempos hipermodernos. Anagrama, Barcelona.
- Mannoni, O. 1986. ¿Es “analizable” la adolescencia? “La crisis de la adolescencia”. Gedisa, Barcelona.
- Sloterdijk, P. 2003. Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira. Pre-textos, Valencia.

***Autores**

Hada Soria Escalante

Doctoranda en Psicología. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Maestría en Psicología Clínica. Universidad Autónoma de Querétaro. Miembro de Espacio Analítico Mexicano (Correspondencia: hadatoria@hotmail.com, Adolfo Cano 101 Nueva Chapultepec Sur, 58280, Morelia, Mich)

Mario Orozco Guzmán

Profesor Investigador Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Miembro de Espacio Analítico Mexicano. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores SNI 1